



ALDEA
LITERARIA

Aire negro

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

**ALDEA
LITERARIA**

**Aire
negro**

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Azul De Fazio

Imagen de tapa: 123RF

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

**ALDEA
LITERARIA**

Fernández Paz , Agustín
Aire negro / Agustín Fernández Paz . - 2a ed . - Boulogne :
Cántaro, 2016.
192 p. ; 20 x 14 cm. - (Aldea literaria)

ISBN 978-950-753-441-6

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título.
CDD 863

© del texto: Agustín Fernández Paz, 2001, 2013

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone de la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-441-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**Aire
negro**

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

INDICE

9	Capítulo 1
21	Capítulo 2
27	Capítulo 3
37	Capítulo 4
43	Capítulo 5
49	Capítulo 6
57	Capítulo 7
67	Capítulo 8
73	Capítulo 9
81	Capítulo 10
89	Capítulo 11
95	Capítulo 12
101	Capítulo 13
109	Capítulo 14
115	Capítulo 15
121	Capítulo 16
129	Capítulo 17
135	Capítulo 18
145	Capítulo 19
151	Capítulo 20
157	Capítulo 21

167 Capítulo 22

175 Capítulo 23

181 Capítulo 24

185 El autor

*Los mitos no tienen una procedencia exterior,
no son hechos empíricos. Si estos monstruos, estas
identidades imaginativas, no figurasen en nuestros
sueños, como no existen en el mundo exterior,
jamás los descubriríamos.*

CARL GUSTAV JUNG, *LOS COMPLEJOS Y EL INCONSCIENTE*

*Una sombra insaciable de apariencia espléndida,
de realidad terrible, una sombra más oscura que las
sombras de la noche...
...parecía conducir directamente al corazón de las
inmensas tinieblas.*

JOSEPH CONRAD, *EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS*

*...ni me abandonarás nunca,
sombra que siempre me asombra.*

ROSALÍA DE CASTRO, *NEGRA SOMBRA*

Quizá ha llegado el momento, aunque me resista a reconocerlo, de abandonar mis esfuerzos por olvidar lo inolvidable y afrontar de una vez por todas la realidad, aceptar la existencia de este gusano que me devora por dentro y que, con el paso de los días, no hace más que crecer y crecer. Si es cierto que la escritura es una terapia liberadora, como tantas veces les he explicado a mis pacientes, relatar aquí unos sucesos que, por más que lo intento, no puedo apartar de mí, servirá para liberarme de este espanto y de estas obsesiones que crecen y se enredan en mi cerebro como lianas. Tal vez así pueda, por fin, encontrar el sosiego que persigo inútilmente desde hace tres años.

Va a ser doloroso escribir estas páginas. Me obligará a ahondar en mi fracaso, a asumir el derrumbe de tantas esperanzas y proyectos, a revivir lo que ocurrió en aquellos meses aciagos. Pero es necesario hacerlo, recordarlo todo, desde los días felices en los que parecía imposible llegar a una situación así. ¿Quién podía adivinar entonces que los ojos de Laura, esos ojos que están en el inicio de mis desventuras, eran la puerta de un abismo en el que iba a sumergirme hasta las profundidades en que me encuentro ahora?

Conocí a Laura Novo el 12 de septiembre de 1999. Es imposible que me olvide de esta fecha, porque fue ese día cuando comencé a trabajar en la

Clínica Beira Verde, el prestigioso centro psiquiátrico situado en el Bajo Miño, en un lugar próximo a la frontera con Portugal. Acababa de cumplir treinta y dos años, y tenía la seguridad de que con aquel primer empleo, que colmaba todas mis expectativas profesionales, cerraba de forma definitiva la etapa de formación y abría un nuevo y estimulante capítulo en mi vida.

Desde siempre, desde mis años adolescentes, cuando leí con una mezcla de curiosidad y pasión los libros de Sigmund Freud que mi padre guardaba en su biblioteca, sentí una fascinación especial por la ciencia psiquiátrica, en la que me parecía que confluían armónicamente las dimensiones científica y humanística del conocimiento humano. Penetrar en los secretos de la mente, en lo más recóndito e íntimo, donde las grandes pasiones humanas tienen cabida —amores, odios, celos, rencoros, obsesiones...—, y hacerlo con un sólido aparato científico detrás, me producía una intensa emoción. Una emoción que imaginaba semejante a la que se debió de experimentar en las grandes expediciones científicas del siglo XIX, con aquellos exploradores que no dudaban en arriesgar vida y fortuna, movidos por la obsesión de llegar a los lugares más apartados y desconocidos del planeta.

Mi currículum refleja con claridad mi entrega apasionada al conocimiento. Acabé los estudios en la Facultad de Medicina con resultados magníficos, y lo mismo sucedió con los largos años de médico residente en el hospital y los posteriores cursos de especialización que hice en las universidades europeas más prestigiosas. Tuve insistentes ofertas para quedarme en la Universidad, pero no dudé en rechazarlas. Lo que yo anhelaba no era la investigación teórica, sino el contacto directo con los pacientes; las teorías solo tienen sentido si sirven para entender mejor las complejidades de la mente y ayudan a curar los trastornos que afligen a las personas.

Los períodos de prácticas vividos en diversos hospitales habían sido apasionantes: la confirmación de que era el trabajo que me gustaba,

aunque me molestase tener siempre otra persona por encima de mí, controlando mis decisiones y atenta a que no me apartase de los caminos establecidos de antemano. Pero sabía muy bien que aquel era el precio que se me exigía para poder experimentar y adquirir los conocimientos que ningún libro podría enseñarme nunca.

Con estos antecedentes, a nadie le puede extrañar la emoción y el nerviosismo que sentí aquel día de septiembre. Quien conozca algo de enfermedades psiquiátricas sabe que la Clínica Beira Verde es un caso aparte en el tratamiento de las dolencias mentales, una isla de libertad en la que se investigan y se ensayan procedimientos que permiten obtener éxitos allí donde los demás fracasan. Las páginas de revistas prestigiosas, como *The Psychoanalytic Review* y *The International Journal of Psychoanalysis* incluyen con regularidad artículos y experiencias firmadas por algunos de los profesionales que allí trabajan.

Para decirlo en pocas palabras: se trata de una clínica excelente, con todos los adelantos materiales y con una avanzadísima concepción del trabajo psiquiátrico. No en vano está dirigida por Hugo Montenegro y Elsa von Franz, quizá las dos figuras más relevantes de la psiquiatría europea de hoy. Por eso, cuando supe que se ofrecía una plaza en la clínica, me presenté a las pruebas de selección sin dudarle, con la confianza ciega de que aquel iba a ser mi lugar de trabajo en el futuro. La notificación de que se me aceptaba para el puesto supuso una de las grandes alegrías de mi vida, pues por fin veía cumplidos mis mayores sueños.

Recuerdo que aquel día me recibió el doctor Montenegro en persona, una deferencia con la que no contaba y que me confirmó su gran humanidad. Después de presentarme a algunos de los que iban a ser mis compañeros de trabajo, se ofreció a enseñarme las diversas instalaciones del centro. Todo lo que diga aquí de ellas será poco, porque parece imposible que pueda existir algo mejor.